

quería estudiar ni prepararse antes de hacer un discurso, y todo lo fiaba á su palabra y á su memoria, prodigiosas ambas. Contribuía á esto cierta idea, que tiene sin duda algun fundamento, pero que Galiano extremaba como acontece con frecuencia á los españoles que han vivido largos años en país extranjero. Galiano no tenía la mejor opinion de la afición de nuestro público á las profundidades, y temía cansarse y cansarle sin fruto si estudiaba con detencion un asunto y le exponía luego con profundidad. Así es que tanto sus lecciones de derecho político constitucional como sus lecciones sobre la historia de la literatura del siglo XVIII, explicadas sucesivamente en el Ateneo con grande aplauso y contentamiento del auditorio, se resentían de este defecto y merecen menos ser leídas.

Muchísima menos razon ha tenido en nuestro sentir el público para no estimar bastante á Galiano como poeta. Si basta para serlo una gran vehemencia de sensibilidad y de afectos, una viva fantasía para expresarlos, revistiéndolos de imágenes, y una gran maestría en el manejo del lenguaje, del metro, de la rima y de la dición poética, con el exquisito buen gusto para no caer en lo prosaico y trivial, sin dejar de ser sencillo y claro, y para ser elegante y pulcro sin afectacion, ampuliosidad y gongorismo, las poesías de Galiano pueden servir de modelo. Tal vez el corto favor que han alcanzado del público dependa en parte del asunto sobrado íntimo á veces, familiar y doméstico, ó como ahora se dice, muy subjetivo. Tal vez dependa tambien de que Galiano, si llegó á tiempo, de vuelta de la emigracion, para dar impulso á la nueva revolucion literaria, se quedó con sus poesías, hechas anteriormente, las mas, como fuera de la revolucion y fuera tambien de la moda.

Hecha la enumeracion y expuesto nuestro juicio sobre los mas importantes personajes, famosos ya en letras, que saliendo del olvido ó volviendo de la emigracion, concurrieron al nuevo florecimiento literario, dirijamos con mas atencion la mirada al propio país y veamos los gérmes que hay en él y lo mas lozano y esplendoroso que brota y luce su gala en aquella primavera fecunda del ingenio español.

CAPITULO II

El movimiento intelectual en Cataluña.—Las letras en el resto de España antes del romanticismo.—Los periodistas literarios.—Mesonero Romanos, Estébanez Calderon y Larra.—Los nuevos poetas románticos en Madrid.—Gil y Zárate, García Gutierrez, Hartzenbusch y Zorrilla.

Dentro de España misma, á pesar del marasmo intelectual del reinado de Fernando VII, no se puede decir que se hubiese extinguido el fuego sagrado: la afición á la poesía y á todo elemento de cultura.

La centralizacion no era entonces, ni es todavía, ni tal vez por dicha llegue nunca á ser tan grande en España que traiga toda la vida de la mente á la capital y deje sin iniciativa y sin pensamiento á las ciudades de las provincias. A veces, de ciudades de primer orden y hasta de segundo, ha partido el impulso para un cambio favorable ó para un renacimiento en la vida intelectual. Esta gloria tuvieron Salamanca y Sevilla, en el siglo pasado, creando ó resucitando sendas escuelas poéticas, que produjeron lo mas notable que hubo entonces en este país: Fray Diego Gonzalez, Melendez Valdés, Cadalso, Cienfuegos, el mismo Quintana, Forner, Lista, Reinoso y tantos otros. Papel, en cierto modo semejante, y en cierto modo distinto, le tocó hacer á Barcelona, desde antes de 1834. Distinto, porque su movimiento intelectual, por lo mismo que Cataluña, aun hablando castellano, conserva bastante autonomia literaria, no se mezcló ni se confundió por completo con el del resto de la nacion. Semejante, si bien de mayor valer y sentido, porque la renovacion en las ideas, las novedades románticas, el conocimiento de la ciencia nueva, llamada *Estética*, y el influjo directo de las literaturas inglesa y alemana, empezaron allí mucho antes que en Madrid y que en el resto de la Península. Debióse esto, sin duda, á la riqueza y bienestar de Barcelona, á su comercio é industria, á su trato mas frecuente con extranjeros, á la actividad de sus hijos, y hasta al amor propio provincial, que, sin pugnar con

el amor de toda la patria, se pone allí con superior intensidad en una patria mas especial y concentrada.

Ello es que, desde fines del siglo XVIII y principios del XIX, habia en Cataluña cierto florecimiento, aunque mas científico que literario. De allí habian salido Finestres, Caresmar, Dorca, Masdeu, y otros eruditos y filólogos, como Capmany, autor del *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, y gran ilustrador de las glorias de su tierra natal, en las *Memorias de la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona* y en el *Libro del Consulado*. Las ciencias naturales eran cultivadas por una Academia y por hombres de bastante mérito, como Salvá y Carbonell. Otra Academia, titulada de Bellas Letras, publicó trabajos estimables, singularmente un tratado de crítica histórica, superior á todo lo que se hizo en España en el siglo XVIII.

Entre los escritores catalanes de nota, en el reinado de Fernando VII, merece especial recuerdo don Antonio Puigblanch, diputado que fué en las Cortes del año 20, y emigrado despues del 23 á Londres, donde acabó su vida. Figuró siempre en el bando mas exaltado; y, aunque ó por lo mismo que habia sido novicio en una cartuja, gustaba de hacer alarde de ideas heterodoxas. Era mal poeta y prosista estrafalario, si bien castizo y muy docto en cuestiones de gramática y filología. Así lo muestra su *Gramática hebrea*, en que siguió las teorías de Orhell, y sus *Opúsculos gramático-sabtricos*, en los cuales ataca ferozmente á Salvá y á Villanueva. Los paisanos de Puigblanch recuerdan con amor su nombre, por haber sido él uno de los primeros que en este siglo escribieron versos catalanes de asunto serio. Resucitó el metro de arte mayor y en él compuso un poema sobre las Comunidades de Castilla. Al mismo Puigblanch ó á un hermano suyo se atribuye, con menos fundamento, un poema titulado *El templo de la gloria*.

Ya antes del año 20 habia comenzado á despuntar en Barcelona lo que luego se llamó romanticismo. Durante el período constitucional de los tres años publicaron Lopez Soler y Aribau (entonces muy jóven y de quien tendremos que hablar mas detenidamente en otras ocasiones) una revista, *El Europeo*, donde quizá por primera vez sonó en España la palabra *Estética*, y donde se publicaron, en traduccion, algunas cosas de Schiller, *El Giaour* de Byron y leyendas cabalerescas del género *walter-scottiano*.

Antes de terminar el reinado de Fernando VII apareció, por último, un egregio poeta. En 1832 publicó sus versos don Manuel Cabanyes, quien murió aquel mismo año en la flor de su edad. Cabanyes tenia una cultura literaria rica y variada: sabia el griego, del cual tradujo homilias de San Juan Crisóstomo; el latin y el inglés; y el italiano, del cual tradujo tambien el *Belphegor* de Maquiavelo y la *Mirra* de Alfieri. Cabanyes admiraba extraordinariamente, y á la vez, á Byron y á Horacio. El eclecticismo literario, la fusion de lo romántico y de lo clásico, se puede decir que aparece en él por vez primera en España. Cabanyes fué el clásico puro, opuesto á los pseudo-clásicos amanerados. Podemos compararle á Andrés Chenier y mejor á Hugo Fóscolo. Sus ideas eran modernas y tambien su modo de sentir; pero la forma de sus versos es sobria y severamente clásica, pareciéndose algo á la de Moratin hijo, aunque es menos limpio y correcto. Tenia aversion á la rima y usa siempre el verso libre. En una de sus últimas y mejores poesías, *La misa nueva*, parece notarse la influencia de los himnos sacros de Manzoni, que fué conocido muy pronto en Cataluña.

Un editor de Barcelona, Bergnes, contribuyó por aquel tiempo á difundir las aficiones románticas, publicando traducciones de casi todas las novelas de Walter Scott, y algunas imitaciones de las mismas hechas por Lopez Soler y otros.

Desde el año de 34 al de 44 dominó en Cataluña, casi sin contradiccion, la escuela romántica, pero inclinándose siempre al romanticismo histórico, épico-popular ó legendario, nunca al subjetivo ó byroniano. Los escritores catalanes de entonces se distinguen por su amor á las instituciones, costumbres y recuerdos de la Edad media, y por su ferviente espiritualismo.

El principal de ellos es don Pablo Piferrer, dotado de un

instinto artístico muy seguro y de grandes disposiciones para los estudios estéticos. Su doctrina era la de los Schlegel. Se distinguió en la arqueología, en la crítica musical y literaria y en la poesía. Dejó un tomo de artículos críticos y dos de investigaciones sobre la historia y monumentos de Cataluña y de Mallorca. En su prosa, siempre muy poética y entusiasta, en sus gustos á la arquitectura de la Edad media, en su modo de narrar y en sus leyendas y descripciones, insertas muchas en la grande obra *Recuerdos y bellezas de España*, Piferrer se parece no poco á Bécquer. No así en las poesías, en las cuales es objetivo y no subjetivo; mas por el gusto popular que por el íntimo y psicológico; mas épico que lírico, en suma. Sus composiciones en verso tienen singular encanto, y algunas, por lo simbólico, misterioso y profundo de la leccion que entrañan, y por el espiritualismo cristiano que reina en ellas, se parecen á las de Uhland y las superan á veces: como, por ejemplo, *La cascada y la campana* y *Alina y el Genio*, romance bellissimo por cierto.

Piferrer tradujo, además, algun poema de Walter Scott, y dejó plan y fragmentos de un drama sobre Berenguer el Fratricida, que, si por ellos hemos de juzgar, prometia ser una joya del romanticismo dramático.

Otro poeta, que, si no se iguala á Piferrer en lo sentido y profundo, quizá le supera en la sencillez poética de su estilo, es don Juan Francisco Carbó. Sus baladas, que son breves narraciones en romances, divididas en estrofas por un estribillo, merecen los mayores elogios, siendo quizá la mejor de todas la que se titula *Guillen y Rosa-florida*.

Otro tercer poeta, don José Semís, muerto tambien muy jóven, como Piferrer y Carbó, mostró prendas de lírico, aunque afeadas por graves incorrecciones, por las cuales y por carecer él de estro narrativo ó no haberse desarrollado en su alma hasta entonces, parece muy inferior comparado á sus compañeros.

Por el mismo tiempo empezó á darse á conocer don Manuel Milá y Fontanals, quien trajo á la nueva escuela un sentimiento mas hondo y un conocimiento mas completo de la poesía popular, recogida por él de los mismos labios del vulgo. Tal vez Milá haya sido el primero que, como los hermanos Grimm en Alemania, y otros despues en otros países, ha coleccionado cuentos vulgares en España. Asimismo ha reunido Milá, siguiendo las huellas de Duran en Castilla y de Almeida Garrett en Portugal, algunos romances catalanes, tarea en que se afirma que don Mariano Aguiló le ha seguido con grande éxito, reuniendo un copioso romancero catalan, inédito, á lo que creemos todavía.

Crítico, preceptista y poeta á la vez, Milá, dentro del período cuya historia literaria bosquejamos, se atrajo la atencion del público con algunas odas, romances y leyendas. Despues dió á luz un arte poética, un tratado de *Estética* (el primero que se ha escrito en español) y otras obrillas, que ya contenian en germen todo el caudal de doctrina y buen gusto, derramado mas adelante en sus libros *Observaciones sobre la poesía popular*, *La poesía heroico-popular castellana* y *Los trovadores en España*.

Con este florecimiento y como traído por la propension romántica coincidió el despertar de la lengua y literatura catalanas. Aribau dió la señal con su hermosa oda *A la patria*, que todos los catalanes saben de memoria y que aun no tiene rival en aquel Parnaso. Le siguió don Joaquin Rubió y Ors (lo Gayter del Llobregat), excelente poeta lamartiniano, y prosista además docto y fecundo.

Los estudios de filosofía y ciencias sociales y políticas florecieron bastante en Cataluña, en aquel período. Como apologistas católico y controversista político debe citarse ya, aunque mas tarde volvamos á hablar de él con mayor detenimiento, al ilustre Balmes, que publicó, en 1838, su primer folleto. En sus *Revistas* colaboraron Roca y Cornet, autor de un *Ensayo crítico sobre las lecturas de la época*; Ferrer y Subirana, partidario del tradicionalismo de Bonald; y el mallorquin Quadrado, que tan duramente se vengó en un terrible artículo de los insultos y burlas que lanzó el célebre Jorge Sand contra su patria, despues de haber sido muy afectuosamente hospedada y agasajada en ella. Del artículo de Qua-

drado contra Jorge Sand se puede decir, remedando una frase de Moncada, *venganza merecida mas que lícita*.

Como partidarios de la escuela escocesa se señalaron don Ramon Martí de Eixalá, autor de un *Curso de filosofía elemental*, ajustado á las doctrinas de Hamilton; don Ignacio Santpots, que refutó briosamente las teorías de la escuela utilitaria ó benthamista; y mas que todos don Francisco Xavier Llorens, catedrático de metafísica en la universidad de Barcelona, que murió hace pocos años, dejando poco escrito ó publicado, aunque tuvo y tiene numerosos discípulos que conservan con veneracion su recuerdo. Fué observador paciente y sagaz de los fenómenos psicológicos y varon de gran claridad y energía de espíritu.

Hecha ya esta ligera reseña sobre las letras en Cataluña—debemos volver á hablar del resto de España.

En ninguna historia, ya sea política, ya literaria, hay verdadera solucion de continuidad. Los sucesos se encadenan: unos son precedentes de otros. Difícil es marcar los lindes que separan los períodos. No se puede decir que un modo de ser literario muere y que otro empieza. Casi siempre persisten los dos á la vez.

En esta *Historia general* no se ha extendido tanto su autor, don Modesto Lafuente, en la parte literaria, como nosotros vamos á hacerlo ahora al escribir la última época. No creemos pecar en esto, pues una historia general, segun el epíteto mismo lo indica, debe comprenderlo todo.

Si alguna vez hemos hablado y si aun hablaremos en adelante de autores y de producciones anteriores al año de 34, es, ó bien porque los autores sobreviven á aquel año y siguen escribiendo despues, ó bien porque es menester citar aquello como antecedente.

Con el modesto título de *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII* como introduccion de los tres tomos de poetas líricos de dicho siglo de la Biblioteca de Rivadeneira, don Leopoldo Augusto de Cueto, hoy marqués de Valmar, ha escrito una historia, en nuestro sentir, bella y completa de la literatura española en el siglo pasado y principios del presente. De ella pudiéramos tomar materiales, si quisiéramos hacer mas retrospectiva esta reseña, y, no queriéndolo, porque no debemos, á ella nos remitimos. En lo ulterior apelamos á nuestra memoria, á noticias aquí y allí esparcidas, y á las obras mismas de los autores que se citan.

Desde luego, para apreciar toda la importancia de la revolucion literaria llamada romanticismo, se ha de entender que nuestra cultura, tan peculiar y propia en tiempo de los reyes austriacos, viene decayendo hasta hundirse en la mayor postacion en los últimos años de Carlos II, durante la guerra de sucesión y primeros años del reinado de Felipe V. Con la proteccion de este rey, de sus sucesores y sobre todo de Carlos III, resucita el espíritu español, pero animado de pensamientos venidos de fuera. De aquí el divorcio entre el público y las pocas personas que escriben y leen. Toda modificacion, todo cambio, toda mejora y todo extravío en ciencias, letras y artes, se importa entonces de país extraño; casi siempre de Francia ó por medio de Francia. Se reviste, si se quiere, de estilo castizo, pero lo peregrino y exótico queda en el fondo y no consiente que llegue á hacerse popular. Ni aquello que parecia mas á propósito para lograrlo lo logra. Sirvan de ejemplo las poesías líricas de Quintana. Ni las menos filosóficas y mas patrióticas son conocidas y leídas á no ser por pocas personas de gusto. ¿Quién recuerda y recita, como no sea casi un literato de profesion, una docena de versos de la magnífica oda al levantamiento de España en 1808?

Considerando esto se ve la ventaja que ofreció el romanticismo. A él se debió el nuevo consorcio entre la mente de los poetas y el espíritu de las muchedumbres. Vino tambien de fuera, pero volviéndonos no poco del pensamiento propio. Desde su introduccion en España tenemos una poesía mas española.

Antes habia lo clásico que nunca logró agradar sino en un pequeño círculo, y ciertos rastros y dejos de lo popular y antiguo, que se mostraba solo emplebeyecido en boca de coploros. Uno de estos últimos en el orden cronológico, y de los últimos tambien por su mérito, habia sido Rabadan. Hasta los

mismos poetas cultos, si se allanaban para hacerse populares, caían en vulgares y se arrastraban en deplorable prosaísmo. Así habían sido, á pesar de su ingenio, don Tomás de Iriarte y el padre Isla, Vargas Ponce, aunque tan feliz y chistoso en la *Proclama del solteron*, y, extremándose mas que nadie, don Gregorio de Salas en el *Observatorio rústico*.

Como quiera que sea, y á pesar de cuanto hemos dicho acerca de la postracion mental de España, durante el reinado de Fernando VII, y sobre todo del 23 al 34, el impulso dado por Carlos III se sentía aun en varios géneros de cultura por mas que muchos hombres de valer en las letras estuviesen oscurecidos, perseguidos ó emigrados.

Las dos Reales Academias, Española y de la Historia, no estuvieron ociosas y publicaron la primera *El Fuero juzgo* y la segunda los *Opúsculos legales de don Alfonso el Sabio* y algunos tomos de la *España Sagrada*, debidos al padre La Canal.

El Rey, que no dejaba de amar las bellas artes, protegió y animó á Cean Bermúdez para que escribiese y publicase su diccionario de pintores y demás maestros en las artes del diseño y contribuyó tambien á la publicacion de la obra de Llaguno y Amírola sobre los arquitectos y la arquitectura en España.

Otras obras de erudicion vieron la luz entonces, siendo de las mas notables, *Los Condes de Barcelona vindicados* de Bofarull; la *Historia eclesiástica* y otros trabajos, del arzobispo Amat; la excelente traduccion de la Biblia, de su sobrino Torres Amat; la traduccion de los libros poéticos de la Biblia y la vida de Arias Montano, de Carvajal; la *Vida de Cervantes* y la coleccion de viajes, de don Martin Fernandez de Navarrete; la *Historia de los árabes*, de Conde; los trabajos y documentos de don Tomás Gonzalez, archivero de Simancas; y la coleccion de Concilios de España, de don Francisco Antonio Gonzalez.

Merece singular encomio por su erudicion extensa, y por su crítica sana, aunque poco elevada, don Diego Clemencin, que murió en 1834, dejándonos un hermoso elogio de la Reina doña Isabel la Católica, y curiosísimos, amenos y doctos comentarios sobre el *Quijote*.

Sin duda Fernando VII, en los últimos años de su vida, bien por natural propension, bien por enojo y por recelo de los apostólicos y exagerados realistas, carlistas ya mas ó menos solapados, se aficionó al despotismo ilustrado y pensó en ser el déspota de tal despotismo, para lo cual favoreció principalmente á los afrancesados, y entre estos al célebre don Sebastian Miñano, á quien no solo perdonó su afrancesamiento, sino tambien el liberalismo de que habia dado muestras en *El pobrecito holgazán* (del 20 al 23) y en otros escritos y actos de su vida.

Pero sin ó con la proteccion del Rey, los gustos clásicos habian conservado la aficion al estudio de las lenguas sábias, griega y latina, y aun habian extendido esta aficion al estudio del árabe y del hebreo.

Conde, segun ya queda dicho, escribió su *Historia de los árabes*, y tradujo tambien del griego muchas poesías; y el conde de Noroña, aunque no directamente del árabe, sino del inglés, dió á conocer en verso castellano, no pocas poesías árabes, persas y turcas, que con el título de *Poesías asiáticas* se publicaron en Paris, en 1833, muchos años despues de su muerte.

Hubo, en el reinado de Fernando VII, los mejores traductores de poetas griegos y latinos, que hemos tenido jamás. Además de Hermosilla, de quien ya hemos hablado, Castillo y Ayensa tradujo bien, y en verso, á Anacreonte, Safo y Tirteo; y don Pedro Antonio Marcos, la *Batracomiomachia*.

De don Félix María Hidalgo, muerto en 1835, hay una buena traduccion de las Eglas de Virgilio; de Perez del Camino, que murió en Francia en 1842, estimables traduccion, en verso tambien, de Tibulo, Catulo y las Geórgicas; y de don Juan Gualberto Gonzalez, la mejor traduccion en verso, que hay, en nuestro sentir, en castellano, de las églogas del cisne de Mantua y de las de Nemesiano y Calpurnio.

El principal de nuestros latinistas en este siglo es, no obstante, Sanchez Barbero, extremado en su infortunio, acusacion personificada de la tiranía de Fernando VII; perseguido

primero por resistir constante á la invasion francesa, y por tan liberal ardiente como habia sido patriota, enviado despues al presidio de Melilla, por diez años, retencion y pena de la vida si quebrantaba su arresto, donde murió en espantosa miseria. Escribiendo en castellano, fué notable poeta lírico y dramático; y fué tan gran latinista, que aun son mas bellas sus poesías en latin, para vergüenza de España no coleccionadas ni publicadas aun, á lo que creemos.

Todavía, entre los hombres ya conocidos y celebrados en el reinado de Fernando VII, y que figuraron, importaron y escribieron en el de Isabel II, debemos contar á no pocos.

Fueron de los principales, don Eugenio de Tapia, laboriosísimo y fecundo escritor, juriconsulto, poeta, historiador y hasta algo filósofo, aunque sin pasar en nada de una estimable medianía. Escribió dos tomos de versos, varias traduccion, comedias y tragedias, no pocas obras de jurisprudencia y una historia de la civilizacion española; don José Musso y Valiente, poeta y erudito, y don José Somoza, muerto en 1852, apacible y ameno escritor en prosa, como lo demuestran algunos artículos suyos que nos quedan con el título de *Recuerdos é impresiones*, y muy agradable poeta tambien, dichosísimo á veces en las composiciones ligeras, singularmente en la que se titula *La sed de agua*.

De todos estos autores que, gracias á una larga vida, y á cierta importancia y actividad, han ejercido influjo en la época anterior y en la época posterior al romanticismo, conservando siempre su carácter original y propio, quizá sea el mas notable don Bartolomé José Gallardo, muerto en Alcoy en 1852. Fué muy conocido por su mordacidad como satírico y por su diligencia y buena maña para reunir libros raros y dar razon de ellos, en lo cual se han señalado mas tarde Estébanez Calderon y mas aun don Pascual Gayangos.

Padecía Gallardo del achaque, harto comun en los bibliófilos, de tener una crítica algo extraviada, estimando en ocasiones libros que valen poco porque son raros, sin atender á que precisamente son raros porque valen poco. Agréguese á esto su vanidad y su soberbia, que le inducian á no hallar apenas nada bueno en sus contemporáneos, censurando agria y descomedidamente á los hombres de mas valer, con lo cual, si por momentos se hizo temer, se hizo odiar mas á menudo. Burgos, Miñana, Lista, Hermosilla, Martínez de la Rosa, Adolfo de Castro, Estébanez Calderon, y hasta el mismo Cánovas del Castillo, aunque á la sazón muy jóvenes, fueron en ocasiones diferentes, blanco de sus tiros. Tenia ciertas extravagancias y rarezas, como, por ejemplo, la de querer introducir una nueva ortografia castellana, simplificando la que existe y apartándola mas de la etimología. En política era liberal. El fundamento de sus doctrinas era, á nuestro ver, harto vago, como de hombre que no se habia elevado á los primeros principios. Por lo que nos ha dejado en el *Diccionario crítico-burlesco* y en otras obrillas, se puede inferir que era volteriano, pero del mas vulgar y rastrero volterianismo. Sus chistes, así contra la religion como contra las personas, tenían mucho de chocarreros y de insolentes, lo cual le acarrió graves disgustos. A pesar de todos estos defectos, y aunque las obras de sustancia de Gallardo, como, por ejemplo, un cancionero, un romancero, una coleccion de poesías castellanas, antiguas y modernas, un teatro antiguo español con su historia crítica, un Quijote ilustrado, una Vida de Cervantes, y una historia crítica del ingenio español, todo quedó en propósito, y apenas se conservan de nada apuntes y planes por donde podamos juzgarlo, todavía hemos de convenir en que Gallardo es, en nuestro siglo, uno de los hombres que mejores servicios ha prestado á las letras patrias. En un tiempo en que el estudio de nuestra literatura estaba tan descuidado, en que se iban haciendo rarísimos no pocos libros, en que el conocerlos y estudiarlos tenia algo de ciencia oculta, en que la misma historia literaria de España era desconocida, pues la primera completa la debemos á un alemán, Bouterweck, y solo se tradujo al español veinte años despues de escrita, los trabajos y aficiones de Gallardo, su afan de reunir libros, su entusiasmo por nuestra civilizacion castiza, su crítica si errónea á veces por sus manías de bibliófilo, certera á veces tambien, todo esto ha contribuido en gran manera á

que renazcan nuestras letras con su propio sér y carácter, preparando las cosas para que el romanticismo de fuera se funda é ingerte en nuestro antiguo romanticismo, un tanto despreciado y olvidado. Prueba del gran valer de Gallardo nos da el *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos*, formado con los elementos y apuntes que él dejó, y corregido, aumentado y publicado despues, aunque, por desgracia, no por completo (dos tomos, 1863 y 1866), por los Sres. don Manuel Zarco del Valle y don José Sancho Rayon, quienes comparten con Gallardo esta gloria. No sabemos si Gallardo tenia ya ó no tenia noticia del romanticismo alemán, ni del francés que del alemán habia nacido, pero sin duda cuando todo esto era aun casi ignorado en España, Gallardo, á pesar de su espíritu volteriano, merced al constante estudio de los autores del siglo XVII, se adelantó á ser romántico entre los primeros, mostrándolo en varias composiciones poéticas, y mas que en nada en el delicado y lindísimo romance *Blanca-Flor*, escrito, en 1828, en Castro del Rio, donde estaba confinado.

Todo lo citado hasta aquí como muestra de que no estaba roto el hilo de la historia de nuestra cultura, trascendia poco al vulgo: se quedaba como estancado en un pequeño círculo.

El teatro era lo que mas se divulgaba: lo que vivía con aliento popular. El teatro apenas se ha eclipsado nunca entre nosotros.

Despues de Gorostiza, que habia querido continuar á Moratin, y que en efecto habia escrito dos lindas comedias, *Indulgencia para todos* y *Don Dieguito*, habia aparecido y habia empezado á ganarse el favor del público, ya desde 1826, un autor originalísimo, español sin remedar lo pasado, sino contemplando y pintando con gracia y verdad lo presente, y cuya fama con sobrada razon fué creciendo mas y mas cada dia, sin decaer nunca, hasta que en estos últimos años llegó el poeta al término de su carrera. Aludimos á don Manuel Breton de los Herreros, en cuyas comedias, si á veces hay pobreza en el argumento y superficialidad en los caracteres, el ingenio y la agudeza están derramados á manos llenas, y resplandecen en el manejo magistral de la lengua, del metro y de la rima, en la naturalidad de los chistes, y en cierta benigna dulzura que mitiga, endulza y hace simpático hasta lo mas punzante de sus sátiras sin embotar por eso sus filos. La inagotable vena de Breton y la fertilidad no cansada durante muchos años de su amenísimo ingenio le dieron el cetro de nuestro teatro cómico, que ha conservado sin rival; pero la época de su mayor actividad y gloria fué sin duda de los años 30 en adelante, durante los cuales dió *La Marcela*, *Muérte y verás*, *El cuarto de hora*, *El qué dirán*, *El hombre pacífico*, *Mi secretario y yo*, *Todo es farsa en este mundo*, *El pelo de la dehesa*, *¿Quién es ella?* y otras muchas obras, que, si algun día pasasen de moda para el teatro, vivirán siempre y ocuparán un puesto de honor en la biblioteca de todo español culto, mientras hubiere habla castellana. No es Breton menos digno de alabanza, aunque sea menos popular, como poeta lírico que como poeta dramático. Sus letrillas, sátiras sobre todo y no pocas de sus romances están llenos de chistes y de franca alegría; y sin duda Breton hubiera respondido á lo que es Béranger en Francia, si hubiese tenido un poquito mas de hiel, si hubiese aguzado mas la punta de sus dardos satíricos, si los hubiese empleado con mas frecuencia y mas resueltamente en las cosas políticas, y ¿por qué no confesarlo? si el público español en general fuera algo mas aficionado á la poesía.

Tambien años antes de empezar el reinado de Isabel II daba ya esperanzas de ser una de sus glorias literarias don Ventura de la Vega, á la sazón muy joven. Era hombre de viva imaginacion y despejado ingenio, aunque harto indolente. Sus estudios no habian sido seguidos ni profundos, porque en España, lo mismo entonces que ahora, se ha estudiado poco; pero tenia la ventaja de que lo que sabia lo sabia bien. Sus conocimientos en las lenguas española, latina y francesa, y en los buenos autores de estas tres literaturas, eran mas que medianos, y habian concurrido á purificar y á acrecentar el exquisito buen gusto literario, ingénito en su alma. Si no era fecundo, á lo que contribuía por una parte su indolencia y por otra su afan de la perfeccion, en sus obras resplandecian

siempre la sobriedad, la nitidez y la tersura, propias de quien sabe lo que hace. Jamás se dejó llevar por las doctrinas románticas ni se alistó en la nueva escuela; pero su entendimiento, abierto á toda idea digna de entrar en él y nada exclusivo ni intransigente, aplaudió el romanticismo en lo que tenia de bueno, censurando sus extravíos. Así puede decirse que Ventura de la Vega, en la nueva revolucion literaria, mas que papel de defensor del antiguo régimen, hizo el papel de moderador, viniendo de esta suerte á contribuir como pocos á que terminada la lucha, alcanzásemos la alta crítica imparcial que reina hoy, donde el admirar una tragedia de Racine, por su elegancia, atildamiento y serena inspiracion, no se opone á que se admire tambien un drama de Víctor Hugo, por su energía, y por la creacion fantástica de sus caracteres, y por lo pintoresco de su estilo, á pesar de sus extravagancias y aun de los lunares de mal gusto que pueden afearle. La accion de Ventura de la Vega fué utilísima para que, en medio del entusiasmo romántico, no nos dejásemos llevar por el deseo de la alabanza hiperbólica hasta el extremo de ensalzar en Calderon sus mismos delirios culteranos, y de menospreciarlo todo en Moratin, suponéndole desprovisto de genio. Fué Ventura de la Vega el defensor y continuador de la escuela de Melendez, Quintana, Gallego y Lista, cuyo valer, mérito é importancia, sostuvo siempre contra sus románticos denigradores, sin negar, antes ensalzando y estimando en lo que debía, á los poetas de la nueva escuela.

Ventura de la Vega tradujo ó arregló mucho del teatro francés, aunque sus arreglos, léjos de ser desmañados y burdos, como sucede con frecuencia, se levantan en ocasiones muy por cima del original arreglado; por ejemplo, en *La segunda dama duende*.

Como quiera que sea, estas traduccion y arreglos, aunque bien hechos aumentan en cierto modo la riqueza literaria de un país, eran un medio, ya que no para vivir porque en España produce poco y entonces producía menos la literatura, para proporcionarse recursos y como una ayuda de costas, y no constituyen la gloria literaria del poeta, la cual se funda y estriba principalmente en sus obras originales.

Sus poesías líricas, aunque por la energía y novedad de la inspiracion no hayan podido ejercer notable influjo, fueron de grande utilidad para conservar el culto de la forma en medio del desbordamiento romántico y seguir sirviendo de modelo del buen decir poético.

Como poeta dramático, tiene Ventura de la Vega mucha mayor importancia. No es posible compararle con Breton de los Herreros, al lado de cuya fertilidad el ingenio de Ventura era seco y estéril; pero la paciencia, la constancia y la pertinacia suelen confundirse con el genio, y, aunque no se confundan, producir efectos hasta cierto punto semejantes, sobre todo cuando dichas prendas de la voluntad están auxiliadas de algun saber, del sentido de lo bello y de lo justo, y de un entendimiento claro. Por eso Ventura de la Vega nos ha dejado, como rastro indeleble y brillante de su larga carrera literaria, tres obras maestras, al menos por la correccion y limpieza de la forma: un drama histórico, *Don Fernando el de Antequera*; una comedia de costumbres, *El hombre de mundo*; y una tragedia á lo clásico titulada *La muerte de César*. Claro está que de todo esto lo mejor, porque se ajustaba á la índole de su talento, es la comedia de costumbres. Sin duda que cualquiera de las de Breton, hasta la mas fria y menos inspirada, contiene mas chistes espontáneos, mas riqueza de frases cómicas, y manifiesta mayor facilidad en el manejo del metro y de la rima y en la acertada aplicacion de graciosos idiotismos y modismos populares; pero difícilmente se hallará en todo el teatro de Breton obra alguna donde haya un solo carácter tan bien trazado y seguido, tan humano y tan verdadero como los de todos los personajes de *El hombre de mundo*; donde la accion sea tan interesante sin dejar de ser sencilla y verosímil; y donde se respire el perfume de elegancia y de pulido aticismo que avalora la comedia de Ventura de la Vega.

En otras obras, donde, siguiendo en esto á Moratin, se aprovecha de su talento dramático para ejercer desde la escena el magisterio de la crítica, Vega es dichosísimo y cumple bien el papel de mediador y de moderador que le hemos atribuido.